

## ECOLOGÍA Y FEMINISMO: CAMINOS CONVERGENTES

ALICIA H. PULEO: *Ecofeminismo para otro mundo posible*, Madrid, Ediciones Cátedra, Universitat de València, Instituto de la Mujer, 2011.

Solemos celebrar con orgullo el pensamiento ilustrado que sentó las bases de la ética y la política modernas al proclamar las primeras declaraciones de derechos humanos en Inglaterra, Estados Unidos y Francia. Nos sentimos herederos de aquellos ideales y de las luchas que los hicieron posibles, y concebimos nuestro actual trabajo a favor de los derechos humanos como la continuación natural del proyecto ilustrado. Y, sin embargo, olvidamos a menudo que la mayoría de los inspiradores de aquellas declaraciones, como Locke y Rousseau, o sus redactores, como Jefferson, varones blancos occidentales, tan sólo se concedieron derechos a sí mismos, mientras continuaban aceptando la esclavitud de las personas de color, el genocidio de las poblaciones indígenas de América, o la falta de derechos de sus madres, mujeres e hijas. Por supuesto, que los animales de otras especies o la misma naturaleza pudieran necesitar alguna protección sólo les hubiera parecido una broma. Con la idea de los derechos humanos se había inventado una fórmula eficaz para ordenar el Estado y proteger a los ciudadanos de la injusticia, pero esos varones blancos se la reservaban para sí mismos como un privilegio. Y con él, la justificación para continuarse beneficiando de la explotación de todos aquellos seres que quedaban fuera del círculo de la moral.

Desde entonces, no sólo debemos trabajar por continuar el proyecto ilustrado, sino también por derribar la idea de que los derechos son un privilegio del que sólo se puede gozar si se ha nacido

con determinadas características. La más terrible forma de discriminación es la que se basa en la naturaleza del otro, la que expulsa del círculo de la moral a quienes, por nacimiento, son miembros de un determinado sexo, una raza, una especie, pues esos rasgos no dependen de la voluntad del individuo. Precisamente por eso es la forma de discriminación más eficaz: el otro no podrá nunca, por muchos méritos que acumule, ingresar en el club de los privilegiados.

El *ecofeminismo* es un movimiento que rompe con esa concepción jerárquica que concibe como inferiores a algunos seres y en esa inferioridad justifica su explotación y su maltrato. Y lo hace uniendo la teoría y la praxis del feminismo y el ecologismo, entretejiendo sus denuncias y sus propuestas. Vincula así la explotación de la naturaleza con la subordinación de las mujeres, y propone al mismo tiempo una mejor convivencia entre todos los seres humanos y con el resto de seres vivos.

El ecofeminismo es, a pesar de su capacidad para aunar movimientos distintos y de su enorme potencial crítico, una corriente de pensamiento todavía poco conocida, y por ello hay que agradecer el magnífico libro que aquí presentamos. Alicia H. Puleo es profesora de ética en la Universidad de Valladolid, donde ha dirigido durante más de diez años la Cátedra de Estudios de Género, y es una de las mejores conocedoras de esta corriente. Su libro nos ofrece una mirada global al ecofeminismo, reconstruyendo su historia y sus motivaciones, ordenando sus corrientes internas y sus debates y analizando sus críticas, denuncias, y también ideas y propuestas. El resultado es un libro profusamente documentado, de una erudición asombrosa en

estos tiempos de *Fast Philosophy*, que demanda tomarse tiempo y volver a pensar algunas viejas cuestiones.

El sentido de unir feminismo y ecologismo en un mismo proyecto lo ilustran diversos pasajes del libro, y me permito elegir uno especialmente significativo. Puleo nos recuerda cómo, durante la modernidad, muchos científicos defendían la tesis cartesiana de que los animales no sienten dolor, y por ello realizaban crueles experimentos con animales sin el menor cuidado, pero se encontraban entonces con las críticas de mujeres que se oponían a la vivisección, entre ellas pensadoras de la talla de Anne Conway o Margaret Cavendish. La respuesta de algunos de estos científicos fue que las mujeres, que no son capaces de pensar por sí mismas, *no están capacitadas para comprender que los animales no son capaces de sentir dolor*. Ahí tenemos, sintetizado, en negativo, el porqué del ecofeminismo.

Pero ahora, en pleno siglo XXI, cuando ya sabemos que los *animales no humanos* sienten dolor de forma similar a los *animales humanos*, y que las mujeres tienen la misma capacidad para pensar (o para no hacerlo) que sus colegas varones, ¿qué puede aportarnos el ecofeminismo?

Según Puleo, el ecofeminismo nos ayuda a entender que las injusticias que afectan a unos seres pueden acabar afectando a muchos otros. Cuando Vandana Shiva denuncia las nuevas estrategias de dominación de la naturaleza que las biotecnologías han creado, cuando denuncia las patentes sobre la vida y la creación de plantas transgénicas o semillas estériles, nos muestra que sus consecuencias no afectan sólo a la naturaleza. Campesinos pobres que vivían de sus cultivos tradicionales llevan ahora vidas miserables dependiendo de las semillas que deben comprar cada año a las grandes corporaciones y sufriendo la contaminación creciente y, en esa situación de pe-

nuria, las mujeres pobres son las más vulnerables. Cuando los campesinos ya no soportan la situación y emigran a la ciudad, desaparecen al mismo tiempo una cultura y un ecosistema, con las especies que lo habitaban. En su lugar se expanden las ciudades con sus barrios interminables de chabolas, y aumenta la brecha entre ricos y pobres. La soberanía alimentaria, la diversidad cultural y la biodiversidad desaparecen a la vez. La vida pasa a estar patentada, gestionada y administrada por un reducido núcleo que acumula cada vez más poder.

Si el ecofeminismo nos permite interrelacionar formas diversas de injusticia, también nos ayuda a mejorar las estrategias de lucha contra ellas. El ecologismo le muestra al feminismo que la desigualdad entre hombres y mujeres no es un problema aislado, sino parte de un problema mayor que hay que abordar de manera global: las jerarquías entre seres vivos que convierten a unos pocos privilegiados en sujetos y al resto en instrumentos a su servicio. En contrapartida, el feminismo ofrece ideas que pueden ser fértiles para el pensamiento ecologista, como son la crítica al patriarcado y la defensa de los valores tradicionalmente femeninos del cuidado. Además, el feminismo también ayuda al movimiento ecologista cuando le revela que en él se repiten prácticas sexistas y se perpetúan los roles tradicionales, con una estructura que consiste en una mayoría de activistas mujeres y una cúspide de dirigentes varones.

Así pues, el ecofeminismo puede ser una estrategia fértil para una época de problemas globales y transversales. Sin embargo, en su defensa, Puleo advierte también de sus posibles peligros. Lo serían caer en esencialismos o en místicas de la feminidad y su identificación con la naturaleza, en ideales de las mujeres como salvadoras o como víctimas. La autora sorteja lúcidamente esos riesgos

desarrollando un ecofeminismo crítico que defiende, ante todo, al individuo y su libertad. Así, no se precipita tampoco en ese ecologismo holista que sacrifica la individualidad en nombre del todo, sino que defiende plenamente al individuo, ya sea un ser humano o un animal, como centro de la ética. Puleo construye su ecofeminismo crítico discutiendo con los ecofeminismos europeos, norteamericanos o asiáticos, debatiendo con Vandana Shiva, Karen Warren, Val Plumwood o Carol Adams, y concediendo una atención especial al diálogo con Latinoamérica, donde se están aunando ideas feministas, ecologistas y sociales.

Una de las ideas más interesantes que recorre el libro es la íntima relación entre la represión sexual de las mujeres, una de las formas básicas de dominación, y el problema de la superpoblación humana, una de las principales causas de la crisis ecológica. Puleo denuncia los paralelismos entre el dominio patriarcal del cuerpo de las mujeres para controlar el sexo y la reproducción, con el dominio de la fertilidad de la naturaleza. Hoy en día ese dominio sigue en vigor en la mayoría de culturas, y se incrementa con los integristas religiosos que reprimen la sexualidad para reducirla a la heterosexualidad con fines reproductivos, e imponen como función de las mujeres tener el mayor número posible de hijos, lo que reduce la identidad y libertad de las mujeres, y al mismo tiempo acarrea consecuencias ecológicas muy graves. Tan sólo cuando las mujeres asuman el control de su reproducción podrán ser realmente autónomas y al mismo tiempo frenar la superpoblación del planeta, una idea que ya defendía Françoise d'Eaubonne, la filósofa que en 1974 acuñó el término *ecofeminismo*.

Pero el libro no sólo aborda problemas tan complejos y globales, sino también algunas cuestiones más concretas y cercanas. Uno de los pasajes más creativos aplica la

perspectiva ecofeminista al estudio de la tauromaquia, un fenómeno que ha sido escasamente abordado por la filosofía, y que realmente necesita de un análisis crítico. La perspectiva de Puleo resulta ser profunda, pues revela la tauromaquia como un ritual de crueldad hacia los animales del que se excluye a las mujeres, y que por tanto sintetiza como pocos elementos de nuestra cultura ese patriarcado que somete o excluye todo cuanto es diferente.

Contra estas y otras formas de injusticia propone Puleo la ética del cuidado desde una posición no eliminacionista. Tradicionalmente ha sido considerada una forma menor de la ética, puesto que es más frecuente entre las mujeres y no se la concibe como una aportación productiva; pero la autora subraya que, sin todas esas mujeres que cuidan de sus familias, de niños, ancianos o enfermos, nuestra sociedad no podría mantenerse. La autora reivindica el valor del cuidado como teoría moral, complementaria a las teorías de la justicia, así como su conexión con el pacifismo y su papel en la construcción de una sociedad menos agresiva y competitiva. Sin embargo, reconoce que no funcionará si tan sólo son las mujeres las que ofrecen cuidado.

Algunos estudios económicos hablan ya de una *deuda de cuidados*, es decir, de que las mujeres ofrecen más cuidado del que reciben, y de que además este cuidado no se reconoce ni se retribuye. Se da así una situación profundamente injusta. Normalmente, lo que concede a los varones la libertad de dedicarse a actividades productivas, reconocidas y valoradas, es la entrega de las mujeres a cuidar del hogar, de los hijos, de la alimentación, actividades fuera de toda regulación y consideradas inferiores, porque son tan sólo reproductivas, de mantenimiento de la vida. Así, el patriarcado se declara autónomo, cuando en realidad sólo existe gracias a la naturaleza y al cuidado de las

mujeres, a las que, en vez de ofrecer reconocimiento y agradecimiento, considera inferiores y legítima así su explotación, relegándolas a meros instrumentos.

Contra esta situación, algunas mujeres desarrollan una actitud que, llevando al límite las exigencias del patriarcado, a la vez demuestra su sinsentido y lo desborda. Puleo analiza esa actitud y afirma que puede describirse como una *huelga de celo* implícita o inconsciente al patriarcado. Si el cuidado es la función de las mujeres, lo que hacen algunas de ellas es, en vez de dirigirlo *hacia arriba*, hacia los varones que pueden gracias a él dedicarse a sus actividades productivas, dirigirlo *hacia abajo* en la supuesta jerarquía de los seres, es decir, hacia los animales. Redirigir de ese modo el flujo del cuidado es un desafío al orden jerárquico del patriarcado, y una buena señal de su efectividad se halla en la profunda irritación que provoca. Cuando una mujer decide ofrecer su cuidado a animales, recibe siempre la acusación de perder el tiempo con seres inferiores. Su opción se juzga como una triple traición: a la función reproductiva de las mujeres, al orden patriarcal, e incluso a la especie. Y eso que irrita a los defensores del patriarcado, es una liberación para las mujeres, porque el cuidado que ofrecen a los varones refuerza aún más la jerarquía androcéntrica y antropocéntrica, mientras que el cuidado

que ofrecen a los animales la cuestiona. Y por supuesto, reciben además la compensación de que ese cuidado sí es agradecido por el animal. En realidad, desde hace milenios, muchas mujeres han redescubierto una y otra vez, generación tras generación, que su vida es mejor en compañía de animales y de la naturaleza, y muchas pensadoras han defendido esa opción, como Marguerite Yourcenar o Doris Lessing.

El libro no es un mero análisis teórico, sino también una propuesta práctica. La autora nos propone trabajar, desde lo mejor de la Ilustración, contra la dominación de cualquier ser humano; defender los derechos de las mujeres, en especial derechos sexuales y reproductivos; valorar las prácticas del cuidado; y defender otra relación con los animales y la naturaleza. Contra el neoliberalismo económico que destruye la diversidad cultural y la diversidad biológica, defender una reconciliación del ser humano consigo mismo y con sus raíces naturales, con otras formas de vida, y también entre los sexos y las diferentes opciones de vivir la sexualidad. Así, el libro nos da la esperanza de que tenemos los conocimientos y las estrategias para crear un futuro más justo. Ese *otro mundo posible* que le da título.

Marta Tafalla

Universidad Autónoma de Barcelona

## CONSIDERACIONES ANTROPOLÓGICAS A TRAVÉS DE LA HISTORIA, LA LITERATURA Y LA HERMENÉUTICA

SAN MARTÍN, J. y DOMINGO MORATALLA, T. (eds.): *La imagen del ser humano. Historia, literatura y hermenéutica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, 364 pp.

Tras la publicación de *Las dimensiones de la vida humana*, Javier San Martín y Tomás Domingo Moratalla nos ofrecen una nueva compilación de artículos: *La imagen del ser humano. Historia, litera-*